

# Maestro por excelencia

Viene de la pág. 2

Cuando fue director, acostumbraba a asistir a todas las clases y sustituía con toda propiedad a cualquier profesor ausente, porque bien conocía de filosofía como de matemática o física. Leía de corrido el francés y el inglés y se mantenía muy al tanto de los problemas nacionales e internacionales.

## Pasiones

La gran pasión de Alejandro Aguilar Machado fue su hijo Fernando, y al morir éste, sintió mucho pesar. Su pequeño apartamento en Alajuelita lo bautizó con el nombre de "Villa Fernando".

También gustó mucho de los animales, sobre todo de los gatos.

Pese a la gran cultura que poseía, escribió poco y sólo se conocen algunos folletos en los que plasmó sus interpretaciones filosóficas sobre diversas ramas de esta disciplina. No le gustaba escribir porque él se realizaba por medio de la palabra, su vida fue impartir lecciones, hablar y ejercer siempre sus dotes de orador.

De memoria prodigiosa, jamás se escuchó de sus labios palabra o expresión despectiva sobre alguna persona. Le gustaba vivir con sencillez y al morir sus seres queridos cayó en una profunda soledad que lo llevó a refugiarse con mayor pasión en la lectura y en el estudio.

Don Alejandro tenía una idea muy particular sobre Dios. Era un fervoroso creyente, pero anticlerical; aunque siempre respetó los dogmas y ritos de todas las regiones.

Creía en la supervivencia del alma y en que su desarrollo y crecimiento lo llevaban a encontrarse con Dios; por ello cultivó hondamente su espíritu.

Hombre que cuidaba de su apariencia, siempre se presentó elegante y caballeroso. Pese a la gran cantidad de personas que lo admiraron, a los numerosos amigos y compañeros, Alejandro Aguilar Machado murió humilde, en medio de la soledad que provoca la ausencia de algún hijo, de un nieto o de la esposa.

Desde el último año de su vida lo asistió doña Argentina Mora, su enfermera personal, y lo visitaba a diario don Jorge Santos Chocano.

Poco antes de caer en la inconsciencia y morir, recordó que quería unos funerales sencillos y modestos y que deseaba visitar por última vez el Liceo de Costa Rica, —su segundo hogar—, previsoramente había dispuesto una pequeña cantidad ahorrada para costear sus honras fúnebres.